

La continuación de La Galatea por Trigueros

Francisco AGUILAR PIÑAL
Instituto de Filología
C.S.I.C.

Desde la edición de Sebastián Cormellas (Barcelona, 1618) *La Galatea* de Cervantes no se volvió a editar hasta más de un siglo después por el impresor Juan de Zúñiga (Madrid, 1736). A esta edición le siguieron las de la viuda de Manuel Fernández (Madrid, 1772) y la de Antonio Sancha (Madrid, 1784). La edición de Zúñiga es anterior a la publicación de la *Vida de Cervantes* de Mayans (1737), punto de partida del creciente interés del siglo XVIII por el autor del *Quijote* ¹.

Pero *La Galatea*, eslabón de un género pastoril ya agotado en sus fundamentos filosóficos y sociales, había de ser leída con nuevos ojos en el siglo ilustrado, que tuvo en tanto aprecio la bucólica griega y latina, a diferencia de su posición negativa respecto a la novela, como género no aristotélico. De esta condena general se salva en España la novela pastoril, gracias a dos valencianos ilustres: Francisco Cerdá, que edita la *Arcadia* de Lope (1776) y la *Diana* de Montemayor (1778) y Juan Antonio Mayans que, al editar *El Pastor de Filida* de Gálvez de Montalvo (1792), inserta en el prólogo el primer estudio español sobre la novela pastoril ².

Además, la incompleta *Galatea* era un estímulo para un escritor que quisiera dar remate a sus amorosas aventuras, sueño incumplido del propio Cervantes, como es bien sabido. Ambas razones movieron a un novelista francés, Jean-Pierre Claris de Florian (1755-1794) a publicar de nuevo *La Galatea*, pero en francés y compendiada con excesiva brevedad, nuevo estilo y nuevos personajes, que impiden sea considerada como una mera

¹ Véase: Franco MEREGALLI: «Profilo storico della critica cervantina nel Settecento», en *Rappresentazione artistica e rappresentazione scientifica nel Secolo dei Lumi* (Firenze: Sansoni, 1971), pp. 187-210; Paolo CHERCHI: *Capitoli di critica cervantina, 1605-1789* (Roma: Bulzoni, 1977); Francisco AGUILAR PIÑAL: «Cervantes en el siglo XVIII», en *Anales Cervantinos*, 21 (1983), pp. 153-163.

² Juan Bautista AVALLE-ARCE: *La novela pastoril española* (Madrid: Revista de Occidente, 1959), p. 16.

traducción ³. Florian, de origen español, fue amigo de Olavide en París y por su medio tuvo conocimiento de algunos escritores españoles contemporáneos. Falleció en 1794, víctima de la Revolución. En 1795 apareció en Ginebra su novela póstuma *Estelle*, a la que había puesto como prólogo un estudio sobre la pastoral, posterior en tres años al de Mayans. Sus *Obras completas* tuvieron doce ediciones entre 1797 y 1830.

Los seis libros en que está dividida *La Galatea* cervantina quedan reducidos a cuatro en el compendio de Florian, que sólo respeta, aunque muy simplificados, los relatos principales de la novela: la historia de Teolinda y Artidoro, Timbrio y Nísida, Elicio y Galatea, Blanca y Silerio, concluyendo la obra con las bodas de las cuatro parejas de enamorados. Introduce, en cambio, algunas novedades que se apartan del género, como las reflexiones morales que abren capítulo: el elogio del campo y de la aldea (libro II), el denuesto del oro y de la avaricia (libro III) y las causas de la melancolía (libro IV), el cambio de cayados entre Elicio y Lenio, el trasplante del cerezo por mano de Elicio, con el episodio de las tórtolas, el rapto de Galatea y Florisa por cuatro portugueses y la rápida intervención de Elicio y sus amigos, que hacen huir a los raptos, devolviendo la libertad a las pastoras. Esta valerosa acción es la que decide al padre de Galatea a dar su consentimiento a la boda de su hija con Elicio, enriquecido ya por los regalos de Erastro y Timbrio. Desaparecen por completo del relato el resto de los episodios amorosos, el Canto de Calíope y demás versos cervantinos, que Florian sustituye por otros propios.

No obstante la poda, la novelita se sigue con interés, que debió ser grande en la época, pues fue reeditada diez veces antes de finalizar el siglo ⁴. Al castellano fue traducida por Casiano Pellicer ⁵, quien califica a la novela en el prólogo de «historia galante» y justifica su traducción «no sólo por los elogios que ha merecido, especialmente al traductor de Pope, Mr. de Fontanes, y al delicadísimo Gessner, sino por su mérito particular, y por ver concluida en ella una obra cuyo fin tan justamente se deseaba». Precisa además que «es una novela de la moral más pura... y aunque historia amorosa, no es de las que bajo el velo de la virtud corrompen las costumbres, sino de las que inspiran una virtud sencilla».

La Galatea de Florian está influida por el suizo Gessner, a quien sigue en el estilo sentimental de sus poemas pastorales, pero hay que señalar, como indicio revelador, que «las discusiones de amor, de carácter platóni-

³ *Galatée, roman pastoral. Imité de Cervantes par M. de Florian*. París, Didot l'ainé, MDCCCLXXXIII, 198 pp.

⁴ París, Genève y Lausanne (1784), París (1785), Bruselas (1789), París (1792), París (1793), París (1794), Londres (1798), París (1799).

⁵ *La Galatea de Cervantes imitada, compendiada y concluida por M. de Florian, traducida por don Casiano Pellicer*. Madrid, Viuda de Ibarra, MDCCXCVII. XXV + 120 pp. Esta traducción también fue reimpresa varias veces, ya en el nuevo siglo: Philadelphia (1810), Madrid (1814), Perpignan (1817), París (1817), Madrid (1820), Barcelona (1830).

co, han desaparecido como señales de mal gusto»⁶. Se mantiene, en cambio, aunque muy simplificada, la estructura episódica de la novela y se incrementa la violencia, ya presente en Cervantes como novedad que comienza a destruir la paz y la felicidad arcádica del género⁷.

Entre las relaciones epistolares de Florian con escritores españoles figura la mantenida con el entonces beneficiado de Carmona y académico sevillano Cándido María Trigueros, cuyas *Poesías filosóficas* (Sevilla, 1774-75) elogia desmesuradamente⁸. Dos años después Trigueros fijó su residencia en Madrid como bibliotecario de los Reales Estudios de San Isidro, habiendo adquirido cierta notoriedad como autor teatral en 1784, al ser premiada por el Ayuntamiento madrileño su comedia *Los menestrales*. El intercambio entre ambos no fue sólo epistolar, sino que también se regalaron mutuamente algunas de sus obras impresas. En 1784 llegó a las manos de Trigueros *La Galatea* compendiada por Florian, suscitando en el infatigable bibliotecario la intención de mejorar la refundición, ampliándola y acomodándola «al estilo del día», como se lee en el título original, presentado a censura el 29 de enero de 1798 por el librero madrileño Juan Yuste⁹. Poco después salía impresa en la Imprenta Real en dos volúmenes en octavo, con el expresivo título de *Los enamorados*. Trigueros, que ya había refundido algunas comedias de Lope de Vega¹⁰, prueba fortuna esta vez con la prosa de Cervantes¹¹.

Tiene en cuenta para su intento literario tanto la novela original como el compendio francés, tomando de uno y otra lo que le parece conveniente y añadiendo de su propia pluma más de la mitad del texto, que aparece dividido en doce libros, frente a los seis de Cervantes y los cuatro de Florian. Su devoción cervantina, que ya venía de antiguo¹² queda explícita en el mediocre romance preliminar dedicado a su amigo Jovellanos:

⁶ J. J. A. BERTRAND: «Florian cervantista», en *Anales Cervantinos*, 5 (1955-56), pp. 343-352.

⁷ James R. STAMM: «*La Galatea* y el concepto de género: un acercamiento» en *Cervantes. Su obra y su mundo*. Actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes (Madrid, 1981), pp. 337-343.

⁸ Véase el artículo TRIGUEROS del *Ensayo de una Biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, de Sempere y Guarinos. Tomo VI (Madrid, 1789).

⁹ *Los enamorados o Galatea y sus bodas. Historia pastoral de Miguel de Cervantes Saavedra, continuada y últimamente ordenada y limada en el estilo del día por D. C. Tr.* El expediente se conserva en el Archivo Histórico Nacional, Consejos, leg. 5562 (83).

¹⁰ FRANCISCO AGUILAR PIÑAL: «La obra ilustrada de don Cándido María Trigueros. Avance bibliográfico», en *Revista de Literatura*, 67-68 (1968), pp. 31-56.

¹¹ *Los enamorados o Galatea y sus bodas. Historia pastoral comenzada por Miguel de Cervantes Saavedra, abreviada después y continuada y últimamente concluida por don Cándido María Trigueros*. Madrid, Imprenta Real, MDCCXCVIII. Cuatro partes en dos volúmenes. El original, con algunas variantes se conserva entre los papeles de Trigueros de la Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander.

¹² En 1761 había leído en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras un «Cotejo entre el *Quijote* y el *Telémaco*», uno de los primeros ensayos de literatura comparada. Véase FRANCISCO AGUILAR PIÑAL: «Un comentario inédito del *Quijote* en el siglo XVIII», en *Anales Cervantinos*, 8 (1959-60) pp. 307-319.

«Al que es inimitable
 pienso imitar si puedo;
 sígole, aunque temblando,
 sígole desde lejos
 para que vean todos
 que él solo es el primero»

De las cuatro partes en que está estructurada la novela, las tres primeras van precedidas de un prólogo, y la cuarta finaliza con un epílogo que Trigueros aprovecha para expresar sus ideas críticas sobre Cervantes y Florian, ensalzando sus aciertos y señalando los defectos en que, a su parecer, han incurrido uno y otro. En el primero censura la prolijidad de episodios y la pedantería erudita de los pastores; en el segundo, la excesiva brevedad de su compendio y el novedoso sentimentalismo de lo añadido. En ambos, la mezcla de verso y prosa, «que en el siglo pasado era una gracia muy celebrada y que en el nuestro, que se dice ser el de la exactitud y regularidad, no debía mirarse sino como un monstruo de mal gusto». En conjunto, las reflexiones preliminares de Trigueros constituyen un texto de crítica literaria de gran interés para la historia de la novela en España. Su intención, tal como deja explícito en las primeras líneas del libro I, es «entretener gustosamente a mis lectores... con aventuras amorosas... que servirán para hacer conocer y apreciar las sencillas costumbres de las aldeas». Su novela *Los enamorados* está dirigida a «las almas dominadas por la dulce ternura... que sólo se tienen por venturosas en los campos». Trigueros es un moralista, como casi todos los hombres de la Ilustración, y pretende el entretenimiento, pero también la exaltación de la vida honesta y ejemplar de las aldeas, donde la pureza del amor no está empañada por los engaños y traiciones de la gran ciudad. Sencillez, ternura y amor limpio y cristiano son algunas de las virtudes que pueden moderar las costumbres de los españoles en aquellos calamitosos años de la revolución francesa.

Trigueros, como Florian, toma de Cervantes la trama argumental y episódica, respetando en su casi totalidad los nombres pastoriles y la estructura narrativa desde el comienzo mismo de la novela, añadiendo los capítulos y anécdotas que le permiten llegar a una conclusión feliz. En una primera lectura lo que más llama la atención es la ausencia total de versos y canciones, actividad pastoril tan presente en Cervantes y que aquí sólo se insinúa, al son de los viejos instrumentos, como el rabel y la zampoña, pero también al de guitarras, bandurrias, tiorbas, flautas, albugues y tamboriles, que sirven de acompañamiento en ocasiones a la «chamberg», canción aldeana del siglo XVIII, en acepción no usual en nuestros días. Tampoco están recogidas en la refundición de Trigueros las disquisiciones platónicas sobre el amor, que son sustanciales en la novela cervantina. Introduce, en cambio, siguiendo a disgusto la moda impuesta por Florian, las reflexiones morales con que dan comienzo los capítulos de la novela.

Así, la alabanza de la aldea (lib. II), la apología de la amistad (lib. III), el elogio de la melancolía (lib. V), de la gratitud (lib. VI), de la razón (lib. VII), del desinterés (lib. IX) y del recto juicio (lib. XI), con el denuesto de la avaricia (lib. IV y VIII) y de los celos (lib. X).

Como era de esperar en un texto del Siglo de las Luces, los mayores elogios son para la razón: «La razón consuela al afligido, sostiene al débil, liberta al perseguido, ensancha al angustiado, alivia al dolorido, contiene al precipitado, muestra la esperanza al desconsolado; anima, dirige, instruye a todos los flacos moradores de este oscuro valle de lágrimas y miseria.. Desamparados de tan precioso bien, quedamos privados de todos sus auxilios y beneficios».

Trigueros, que rescata para su refundición algunos de los episodios cervantinos rechazados por Florian, los ordena de forma distinta y procura simplificarlos sin concentrar más de uno o dos en cada capítulo en aras de la sencillez narrativa. Aun en aquellas páginas en que sigue fielmente el relato primitivo, su expresión lingüística es absolutamente original, sin plagiar a Cervantes ni traducir a Florian. Veamos un pequeño ejemplo, el parlamento en que Teolinda comienza a relatar su historia:

Cervantes

«En las riberas del famoso Henares, que al vuestro dorado Tajo, hermosísimas pastoras, da siempre fresco y agradable tributo, fui yo nacida y criada, y no en tan baja fortuna que me tuviese por la peor de mi aldea. Mis padres son labradores, y a la labranza del campo acostumbrados, en cuyo ejercicio les imitaba, trayendo yo una manada de simples ovejas por las dehesas concejiles de nuestra aldea, acomodanto tanto mis pensamientos al estado en que mi suerte me había puesto, que ninguna cosa me daba más gusto que ver crecer y multiplicar mi ganado, sin tener cuenta con más que con procurarle los más fructíferos y abundosos pastos, claras y frescas aguas que hallar pudiese».

Trigueros

«La aldea de donde yo soy está a la orilla del río Henares, célebre por la frescura de sus aguas: allí es mi padre labrador, y ocupada yo toda mi vida en las faenas del campo, conducía todos los días mis ovejas en busca de los mejores pastos».

La refundición de Trigueros, como se ve, abrevia y simplifica el estilo, reduciendo la adjetivación hasta el extremo de privar de todo adorno a la frase, que resulta así directa y seca, sin concesiones a la retórica. Incluso en los pasajes más líricos, como en la descripción física de Galatea, se man-

tiene esta sobriedad estilística: «sus largos cabellos rubios colgaban en ondas sobre sus espaldas y un sombrerillo de paja con una de sus alas levantada y retenida con una flor defendía su rostro de los ardores del sol. Sencilla como las flores mismas del campo, estaba muy hermosa y sólo ella lo ignoraba».

En su concepción del amor Trigueros acepta por completo la idea de Cervantes («el secreto es la puerta del amor y la honestidad es su llave») extremando su «fuerza y poderío», capaz de transformar las voluntades, sin referencia a una trasposición espiritual, ya que el «dulce y delicioso afecto se crió para complacencia universal del género humano» (lib. X). Sin embargo, todos los pastores son «virtuosos» y «tiernos», de «límpidos pensamientos y honestas intenciones», siempre encaminadas al matrimonio. Aunque no faltan los desdenes y sufrimientos por causa del amor, no hay el más leve rastro de adulterio o engaño consentido. La virtud preside todos los actos de la vida pastoril, en la que abundan, como en Cervantes, los suspiros y las lágrimas. Así no es de extrañar que Elicio, cuando se dirige a su madre muerta, al pie de la sepultura, le pida en ferviente oración: «haz que yo ame siempre la virtud con tanto ardor como te amé a ti misma mientras viviste». Esto no es obstáculo para que, siguiendo también el ejemplo de Cervantes, la violencia destruya en ocasiones este mundo idílico. Hay asesinatos, raptos, intentos de suicidio, pero todo queda justificado por el amor. En todo caso, los culpables son personajes secundarios y quedan castigados con el menosprecio de los protagonistas, aunque la justicia, tanto humana como divina, brilla por su ausencia.

Si en algo carga las tintas Trigueros, es en mostrar, a modo de sátira, los defectos y traiciones de los portugueses, lo más original de su contribución, aunque siguiendo la trama insinuada por Cervantes al final de su novela. Imagina Trigueros que el pretendiente portugués de Galatea envía en su busca a cuatro de los suyos quienes, ante las malas perspectivas de su embajada, deciden raptar a la pastora, siendo finalmente apaleados y puestos en fuga por Elicio y sus amigos (lib. VII). No contento con esto, Trigueros introduce en su relato dos viajes de los pastores castellanos a Portugal para reclamar del rico pretendiente portugués la cantidad estipulada en el contrato matrimonial por el padre de Galatea, caso de no celebrarse la boda. Así justifica Trigueros esta ampliación del relato: «Parece que estos buenos hombres —los comisionados portugueses— que tanto importan al asunto, deberían a lo menos ser alguna cosa y no sólo tener un carácter determinado, sino un carácter tal que correspondiese al influjo que tienen en la obra y al efecto que se intenta que causen en los lectores». Su inclusión la ve tan necesaria que «puesto Cervantes en el mismo caso, la hubiera dirigido por el propio rumbo». Sobre este carácter escribe a continuación: «Estimo en gran manera a los portugueses, admiro las grandes acciones de sus mayores y jamás he hecho caso de las hablillas que por su cuenta hace correr en el vulgo la rivalidad de dos naciones vecinas; pero,

sin dar crédito a ellas, me aprovecho de su contenido para mi asunto, y del carácter nacional que a los portugueses atribuye nuestro vulgo saco el que nos puede entretener en nuestros cuatro comisionados». El caso es que, tanto ellos como el frustrado esposo de Galatea son presentados por Trigueros con los peores atributos de incompetencia, felonía y ridícula vanagloria. Si Crasilvo y Carino son los delincuentes de la novela, Lain Vélez y demás portugueses son los ridículos bufones de la misma.

Como en Cervantes, las pastoras de Trigueros han de anteponer la obediencia paterna a la pasión amorosa. Es cierto que algunas (Nísida y Blanca, Rosaura y Leonida) escapan del hogar familiar para ir en busca del amado, pero siempre obtienen la bendición de sus mayores antes de celebrar la boda. La más fuerte resistencia se vence al fin, no sólo por la fuerza del amor, sino también por la fuerza del dinero. He aquí una cuestión en la que debemos detenernos un poco, para completar estas breves consideraciones. Cuando Elicio, en la *Galatea* dieciochesca, reflexiona sobre sus intenciones amorosas no deja de reconocer que el mayor obstáculo para conseguir a Galatea es su pobreza: «No es ya bastante poseer un corazón afectuoso y bueno para creerse con derecho de amar y de esperar ser correspondido. Si cualquiera intenta obtener la que le podía hacer dichoso, es necesario que haga pruebas de riqueza en lugar de pruebas de constancia. Un amante sin hacienda puede muy bien ser amable y digno, pero no venturoso; y mientras sea más fiel, más lástima habrá que tenerle: su vida no se verá libre de tormentos y desconsuelos. ¿Qué hará, pues, el que es enamorado y pobre? No amar, violentar su propia naturaleza». Y cuando Damón le sugiere que hable con el padre de Galatea, Elicio responde: «No conoces a Meris como yo. Jurado tiene que no será yerno suyo quien no fuere tan rico como su hija» (lib. IV).

Estas consideraciones se repiten a lo largo de la novela. Cuando Lisis pide la mano de Luisa, su padre le contesta que no se la daría «hasta que adquiriendo más caudal y opulencia, hiciese juicio de que iba ella a pasar una vida cómoda y feliz» (lib. VI). Cuando Timbrio prepara su boda con Nísida hace que un criado le traiga «en dinero efectivo» todo su caudal (lib. VII). Rosaura, al recriminar a Grisaldo la frialdad de su amor, argumenta: «No te debo nada en nobleza, ni en riqueza soy a ti desigual» (lib. VIII). Silveria, enamorada de Mireno, se casa con Daranio porque «no le faltaba parte alguna de las que pueden influir para hacer feliz una doncella: tierno, complaciente, adornado de gracias y habilidades, benéfico, compasivo y cortés, pero sobre todo muy generoso y rico» (lib. IX). Lisandro, de padres nobles, vive en «una de las mejores aldeas de estas riberas, en todas las cuales tengo muchos y muy poderosos parientes» (lib. IX). Los pastores alaban las alhajas con que Grisaldo obsequia a Rosaura, «las cuales hallaron ser de muy buen gusto y mucho más que mediano valor» (lib. X). Finalmente, cuando Timbrio decide hacerse pastor, tiene la fortuna suficiente como para repartirla en cuatro partes, una de las cuales ofre-

ce a Elicio, quien, enriquecido ya por el ganado que entre todos le regalan, consigue al fin vencer la resistencia del padre de Galatea. El regocijo y felicidad de las diez parejas de enamorados el día de su boda es el broche final con que se remata la novela de Trigueros, quien comenta: «Pocas veces se habrá juntado semejante escuadrón de personas honestas y bellas que, después de haber sido probados por tantos infortunios, fuesen tan completamente felices» (lib. XII).

En consecuencia, Trigueros ha transformado una novela pastoril en una novela casi burguesa. Ha pasado del idealismo platónico del siglo XVI al realismo crematístico del XVIII, manteniendo el mismo argumento y similar estructura narrativa, pero convirtiendo a los idealizados pastores de Cervantes en ricos aldeanos, que sufren de amor como los de antaño, pero que ven mediatizadas sus cuitas amorosas por las diferencias sociales de clase y riqueza. Más que el triunfo del amor lo que aquí se celebra es, sobre todo, el poder del dinero. El «valor romántico» que veía López Estrada en la novela cervantina¹³, se mantiene en algunos aspectos descriptivos, pero queda como anulado por estas connotaciones sociales, ante las que se rebelarán los enamorados del siglo XIX.

El hecho de que una novela pastoril del siglo XVI sea rescatada y refundida en el XVIII no puede, sin embargo, pasarse por alto. Hay en ella unos valores de amores honestos, obediencia filial y virtudes burguesas — excepto el trabajo, que se limita a la vigilancia del ganado— que no es de extrañar sean asumidos por un escritor ilustrado.

En el epílogo con que Trigueros finaliza su novela, hace una cuidadosa comparación entre *La Galatea* de Cervantes y la de Florian, para indicar que él ha seguido el camino intermedio, pero mostrando su desaprobación hacia las dos tendencias más comunes de su época, ambas de origen francés: los galicismos en el idioma castellano y la invasión literaria de la nueva *sensibilidad*. Respecto a lo primero, denuncia a los «impuros innovadores» que «con el falso pretexto de escasez doméstica mendigan e introducen tanta peste extranjera. Nuestro bellissimo idioma le ensucian, le afean, le destruyen, le van aniquilando un sinnúmero de escritores contrabandistas que, por menosprecio de nuestras cosas, la lengua de su país, que ignoran, quieren aprenderla en los peores libros de los extraños». Por su parte, añade: «Yo he intentado hacer ver que nuestro idioma lo puede todo; y creo que sin valerme de la comunísima corrupción y mezcla de palabras y expresiones ultramontanas, he podido explicar con claridad y de un modo no desagradable toda especie de conceptos». En cuanto a lo segundo, acusa también a los que «poseidos del flujo y furor de la novedad que en todo domina», están «encantados con ético y asmático tono del *sentimiento*». Más adelante habla de la «extravagante manía de la *sensibilidad*» y del

¹³ Francisco LÓPEZ ESTRADA: *La Galatea de Cervantes. Estudio crítico*. (La Laguna de Tenerife, 1948), p. 15.

«afectado tono de la llamada *sensibilidad*», sinónimo para él de *sensualidad*, como indica en otro párrafo. Aunque el tema desborda los límites de esta breve colaboración, quisiera apuntar que estos comentarios de Trigueros están basados, con toda probabilidad, en la lectura de la obra de Francois-Thomas Baculard d'Arnaud *Les épreuves du sentiment*, cuya traducción castellana, con el título de *Experimentos de sensibilidad*, se había comenzado a publicar en 1795.

Precisamente los prólogos y el epílogo es lo único que se salva en la crítica del primer cervantista que se ocupó del tema, hace ya más de un siglo ¹⁴. Para León Mainez, Trigueros es «muy estimable como crítico» y su lenguaje se «dignifica y engrandece» en sus comentarios críticos, pero queda descalificado como refundidor, ya que su *Galatea* es «obra desmayada, lánguida y descolorida», calificación que han repetido después literalmente quienes se han ocupado de la obra, seguramente sin haberla leído. Para el cervantista gaditano la osadía de imitar y continuar a Cervantes merece, ya de antemano, la condena más absoluta. De ahí que no exista ecuanimidad en la crítica, sin pararse a considerar que los doscientos años transcurridos entre el original y la imitación forzosamente habían de modificar tanto el estilo como la concepción novelesca. A cada obra hay que situarla en su época, que a la vez la condiciona y la representa. La sociología de la literatura tendrá que dar razón de las causas que motivaron su nacimiento, su éxito o su fracaso ¹⁵.

¹⁴ Ramón LEÓN MAINEZ: «Tres Galateas», en *Crónica de los cervantistas*, núm. 2 (Cádiz, 1871), pp. 55-64.

¹⁵ Puede consultarse mi estudio *Un escritor ilustrado: Cándido María Trigueros* (Madrid, CSIC, 1987), pp. 248-255.